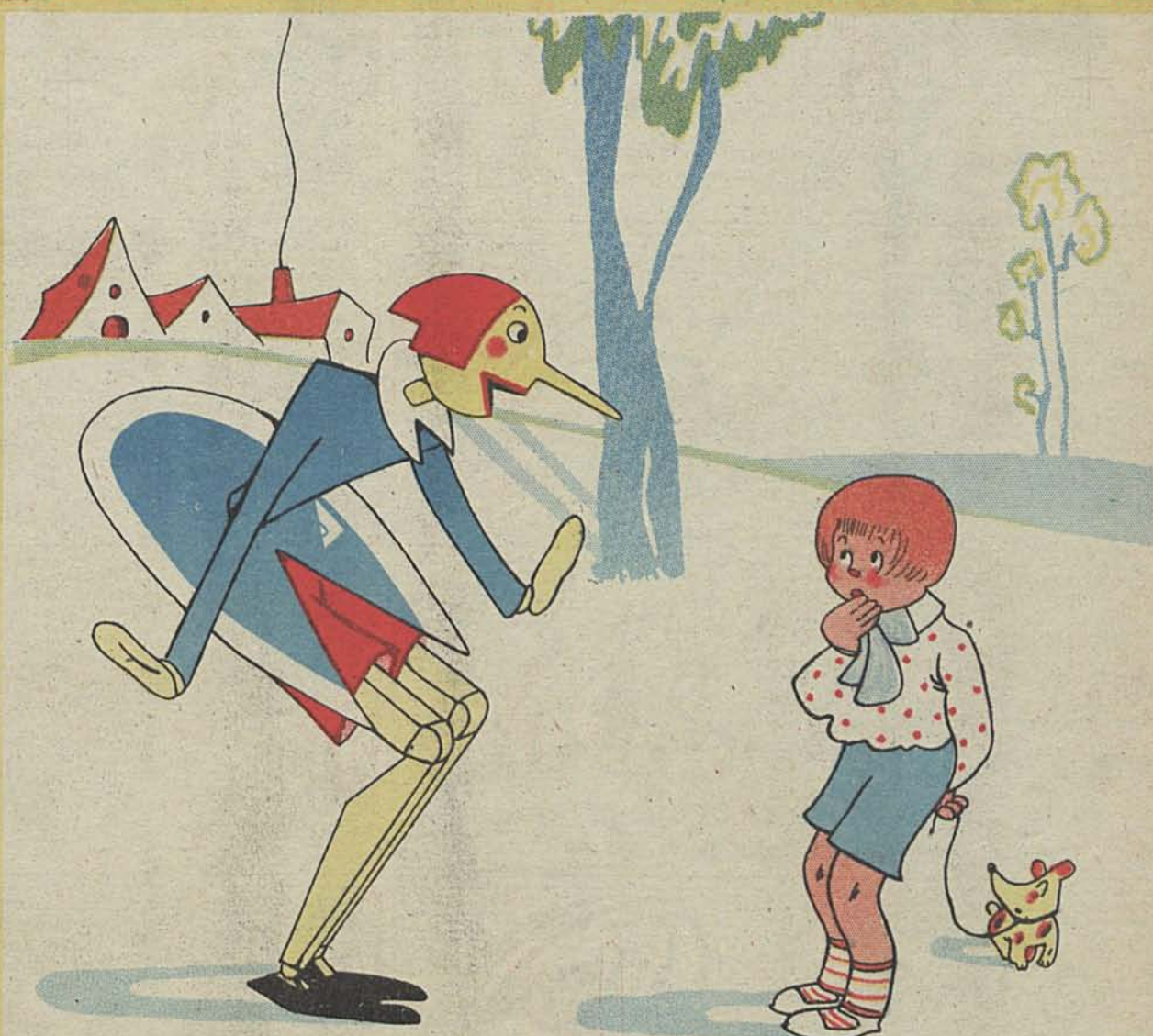


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 319

25 cts

29 MARZO
1931



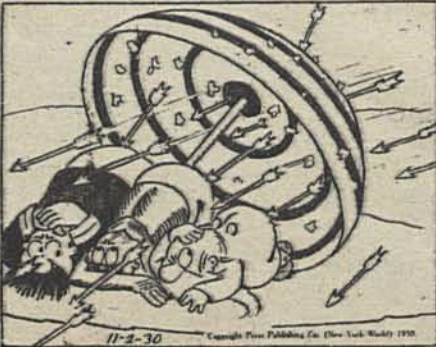
- ¿CUÁLES SON LOS HOMBRES QUE HABLAN MÁS?
- LOS DENTISTAS!
- ¿POR QUÉ?
- PORQUE SON UNOS SACAMUELAS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

excepto algunos, los montaron ágilmente, empuñando sus largas

lanzas de aguda punta.

Mano Izquierda dió algunas órdenes a los hombres que quedaron a pie, y montando él en otro caballo, dijo a *Nube Roja*:

—El campamento está a pocos pasos, y llegaremos en seguida.

La comitiva partió a toda prisa, y después de cruzar varias mesetas cubiertas de pinos y de abetos llegó al campamento indio, compuesto de más de cien tiendas de forma cónica dispuestas en semicírculo y capaces de contener unos quinientos guerreros.

No era aquello un pueblo o caserío, porque no figuraba en sitio principal la cabaña donde se conserva el *Arca del primer hombre*, dedicada al Gran Espíritu, y, además, porque faltaban en absoluto las mujeres y los niños.

Era un campamento militar, señal evidente de que los *arrapahoes* se habían puesto en plan de batalla para unirse a los *sioux* y a los *chayennes* y llevar la desolación y el estrago por toda la pradera.

Después de haberse dado a conocer *Mano Izquierda* a los centinelas, que vigilaban especialmente a los caballos agrupados junto a las tiendas, se dirigió a su *wigwam*, ante el cual ardían multitud de antorchas, y ayudó a desmontar a *Nube Roja*.

—Mi *wigwam* está a la disposición de mi hermano—le dijo, alzando la cortina de la tienda—. Aquí podrá cenar y reposar. Ningún peligro le amenaza.

Y ambos entraron, quedando fuera la guardia de guerreros.

Las tiendas indias, llamadas *togge* o *wigwam*, son todas iguales. Se forman con cierto número de pértigas afiladas y flexibles que se clavan primero en tierra alrededor de un centro común como rayos de un círculo, y que después se unen por el otro extremo.

El perímetro cónico se cubre luego con pieles de bisonte o de ciervo, o simplemente con recias telas.

En lo alto se deja una abertura para dar salida al humo, pues el hogar se enciende siempre en el interior de la tienda. Un europeo no podría resistir el ambiente que reina en esas tiendas; pero los indios no parecen molestados por el humo; antes bien, parece agradecerles.

En todas las tiendas indias reina un desorden imposible de describir.

El indio no ama el orden ni la limpieza, y su mujer parece amarlas menos. Allí se ven acumulados armas, vestidos, utensilios de cocina, pieles medio podridas, basuras, etc., etc.

La tienda del *sakem*, aunque más amplia y sólida, está, poco más o menos, en las mismas condiciones de higiene y de aseo que las de los súbditos. Al exterior ostenta pintadas en las telas que la cubren escenas de caza o episodios de guerra, todo representado toscamente.

Mano Izquierda y *Nube Roja* se sentaron junto al fuego sobre un montón de pieles no acabadas de curtir aún y que, por lo tanto, exhalaban un olor insoportable, y el primero ofreció al segundo el *calumet*, o sea la pipa de la amistad, cargada ya de *morike*, un tabaco fuerte como un veneno. Cada uno de ellos, después de dar una chupada, la pasaba gravemente al otro, que hacía lo mismo, repitiéndose las vueltas hasta que se consumía la pipa.

Después de aquella ceremonia podían ya

considerarse como amigos y comenzar la *pow-wow*, o sea la conversación.

—Mi hermano viene de parte de los jefes *sioux* a amonestarme por no haber dejado el Lago Salado para unirme a los *chayennes*; ¿no es eso?—preguntó *Mano Izquierda*.

—No; mi hermano *arrapahoe* se engaña—respondió *Nube Roja*—. Los *sioux* están todavía en la montaña, porque han tenido antes que abrirse el paso del Laramie. Ahora sólo están en la pradera los *chayennes*, encargados de perseguir a los correos de los hombres pálidos, para matar a sus conductores.

—Y yo imito su maniobra destruyendo todas las haciendas que puedan servir de refugio a los blancos.

—No todas, porque mi hermano se ha olvidado de reducir a cenizas una de las más importantes, y que Jalta, mi mujer, desea ver arrasada.

—¿Cuál?

—La del coronel Devandel.

—¿El primer esposo de Jalta?

—Y uno de los más formidables enemigos de nuestra raza.

—¿Posee una factoría?—preguntó *Mano Izquierda*.

—Sí; en la desembocadura del Weber.

—Ya me habían dicho que entre el bosque de pinos debía de haber una gran hacienda; pero no lo creí. Debían confirmármelo los *sioux*, a pesar de encontrarse tan lejos de mi territorio. ¡Arrancaré los ojos, los dientes y las uñas a todos sus habitantes antes de probar en su cráneo el filo de mi cuchillo!

—Todos no, porque mi mujer quiere vivos a dos de ellos.

—¿Quiénes son?

—Los hijos del coronel: un joven y una muchacha.

—¿Jalta quiere vengarse por su mano?

—Es probable—respondió *Nube Roja*, lanzando una mirada sombría.

—La entregaré vivos a los dos muchachos, ya que ella lo quiere así; pero los otros

pertenecen a mi tribu. Dentro de pocas horas será distribuida la hacienda y muertos todos sus servidores.

—Antes de ir a la hacienda—dijo *Nube Roja* convendría que ajustáramos cuentas con tres cazadores de las praderas a quienes el coronel ha mandado en defensa de sus hijos, y yo he abandonado hace pocas horas, dejándoles a mi hija.

—¿Dónde?

—A pocas millas de aquí.

—¿No han llegado todavía a la hacienda?

—No.

—Pues si mi hermano quiere servirnos de guía, antes del alba estarán en nuestro poder.

—Que mi hermano me dé de comer antes, y yo le guiaré. Temo que le ocurra una desgracia a mi hija.

Mano Izquierda abrió un viejo cofre donde se veían revueltos trozos de carne salada, *nolchaski*, o sean huevas de grandes peces, frutas secas y harinas de maíz. De todo sirvió con abundancia a *Nube Roja*, diciendo:

—Coma mi hermano mientras yo voy a prevenir a mis guerreros, y no se olvide del aguardiente, que está en aquel frasco. No lo habrá mejor en la hacienda.

Nube Roja, que, como sabemos, había sufrido varios ayunos, empezó a devorar los manjares; pero parecía condenado a no acabar nunca de satisfacer su hambre, porque aún no había deglutido seis bocados, cuando advirtió un alarmante movimiento en el campamento *arrapahoe*.

Por todas partes se oía galopar de caballos, y los hombres iban y venían gritando y dando órdenes.

—¡Mi hermano *Mano Izquierda* podía haberme dejado concluir mi cena!—murmuró.

Y después de beberse de un trago un litro de aguardiente, se puso en pie, agarrando el rifle.

Varios disparos retumbaron a corta distancia del campamento.

¿Era que alguna columna de voluntarios del

(Continuará en el próximo número).

ANITA

BUEN-CORAZON





¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Dime, mi curioso Chonón ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—De un animal cuyo nombre no recuerdo.

Entonces va a ser difícil que hablemos de una cosa que empiezas por no saber cuál es. ¿No lo has anotado en tu cuadernito memorandum?

—No; confié el nombre a la memoria y ésta me ha sido infiel. Recuerdo, no obstante, que se trata de un animal muy parecido al avestruz, pero que tiene un nombre muy raro. Es algo así como «casoar».

—Ya sé cuál es. El casoar.

—Justamente. ¡Qué inteligencia tienes, amigo buho! Háblame de los casoares.

—Este animal es, precisamente, el que representa a la especie originaria de que proceden los avestruces. Son ejemplares de una generación animal próxima a extinguirse. Con el tiempo han ido sufriendo modificaciones importantes en su estructura, transformándose en avestruces. Antes estos casoares volaban con gran facilidad y ahora las alas se han ido acortando de tal manera que ya no les sirven para esta función.

—¿Para qué las quieren entonces?

—Para ayuda de otros menesteres. Los casoares, cuando son pequeños, están provistos de unas plumas llamadas dobles porque cada una tiene dos estuches o fundas de igual longitud. El plumaje de estas aves es una de las más bellas manifestaciones de la Naturaleza pues algunos llegan a lucir todos los colores del arco iris.

Los huevos que pone el casoar son también de coloración distinta a la del avestruz pues no son blancos sino verde oscuro y muy ásperos al tacto.

En algunas especies de casoares se observa sobre su cabeza un elegante adorno de plumas que semeja un casco guerrero.

Los machos son muy aficionados a la lucha y disponen para ella de un arma terrible que es la robusta uña del dedo interno con la que pueden causar la muerte de su adversario porque la fuerza del casoar es muy considerable.

Cuando uno de estos animales está herido es muy peligroso acercarse a él porque se convierte en una verdadera fiera.

Habita el casoar en los bosques, a diferencia también de los avestruces que escogen las llanuras.

Cuando se ven perseguidos y están cerca de un río se lanzan al agua pues nadan con extraordinaria habilidad. En tales ocasiones las alas les prestan un excelente papel pues les sirven de potentes remos.

Para hacer sus nidos trepan a los árboles de poca altura y arrancan a picotazos ramas y hojas con las que fabrican en la arena a resguardo de los vientos reinantes el futuro lecho de sus hijuelos. A estos los defienden las madres hasta perder la vida por ellos. Cada puesta consta de cinco o más huevos.

El casoar está dotado de un instinto muy curioso que consiste en descubrir en la persona que está frente a él las huellas del miedo. Cuando ve que sus observadores no pierden la serenidad se dispone en seguida a atacarles, pero si nota síntomas de miedo se queda tan tranquilo.

La hembra tiene en la garganta una extraña bolsa donde vibra el aire cuando el animal lanza sus chillidos produciendo una nota semejante a la de un tambor.

El macho, en cambio es mudo y sólo cuando está furioso deja oír su silbido o gruñe ligeramente si se le acosa.

La incubación de los huevos la efectúa el macho y dura unos tres meses.

El casoar tiene una resistencia extraordinaria para la carrera siendo muy frecuente el caso de haber caído rendidos de fatiga perros y otros animales perseguidores antes que lograr darle alcance. También recorre largas distancias sin necesitar detenerse para tomar alimento.

—En esto se parece al camello, ¿verdad buho?

—Exacto. Y como él, se nutre de las grasas de su propio cuerpo.

—¿Es comestible su carne?

—Desde luego; y además constituye un alimento excelente. Su sabor es parecido a la carne del buey y generalmente se utilizan tan solo los cuartos traseros. Cuando se trata de casoares jóvenes es un excelente bocado que los cazadores buscan con anhelo.

Estos animales cada vez van escaseando más a causa de la encarnizada persecución de que se les hace objeto y no es aventurado suponer que en plazo no muy lejano desaparecerán de la superficie del planeta.

—¿Y por qué no se dicta una ley que prohíba estas crueles persecuciones?

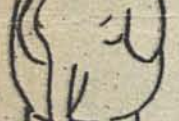
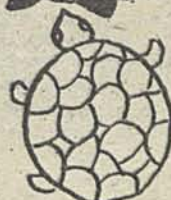
—Buena falta hace, querido Chononcito; de otra forma esta especie tan linda lo mismo que otras de animales poco comunes pasarán a la historia como han pasado ya algunos cuya figura sólo podemos contemplar en las páginas de los libros de Historia Natural.

¿Y no crees que eso debiera evitarse?

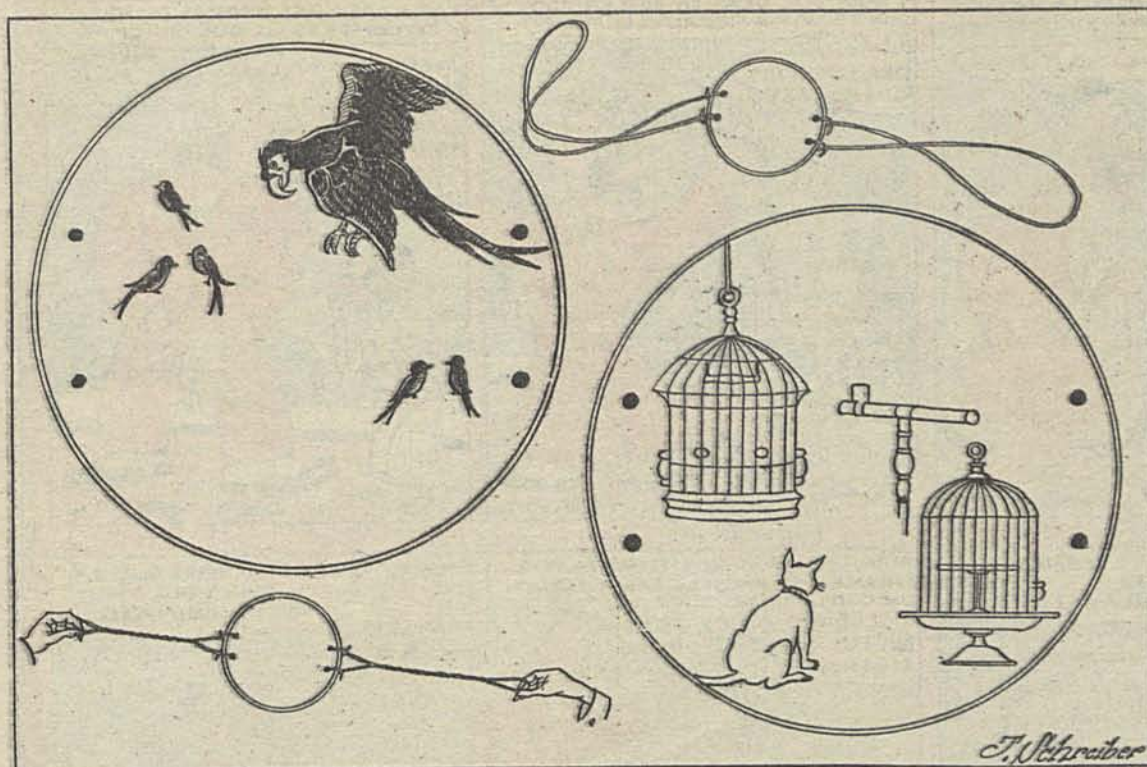
—Ya te he dicho que sí. ¡Si en mi mano estuviera...!

—¿Qué harías?

—Ya puedes figurártelo. Prohibir su persecución.



PARA PASAR EL RATO



Pegad los dos círculos que veis en el dibujo en las dos caras de un cartón del mismo tamaño.

Después pasad unas cuerdas por los agujeros que en ellos veis en la forma que os indican las figuras pequeñas del dibujo.

Liad estas cuerdas como lo veréis en la última figura y después de liadas de esta forma tirad de ellas.

Los cartones al girar os harán ver cosas notabilísimas.

Una foca y un pájaro bobo se prestan hoy gustosísimos a servirnos de modelo.

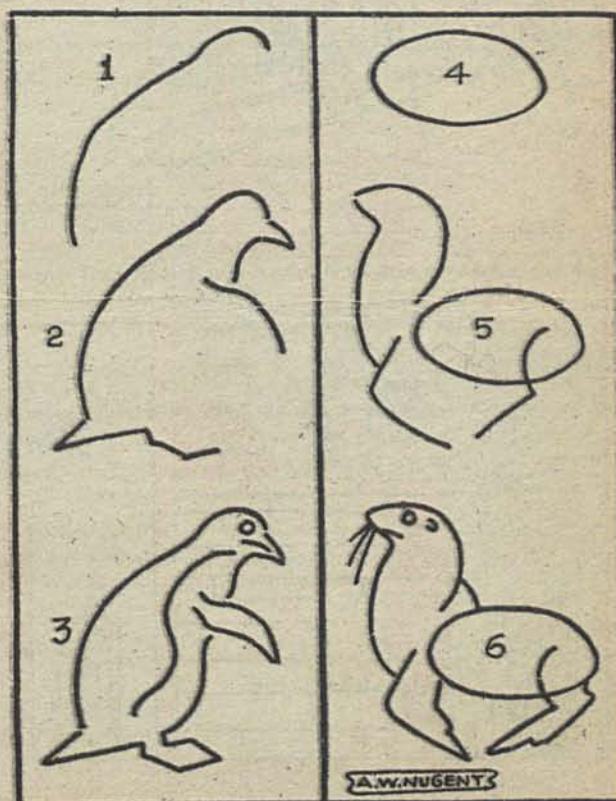
Apresurémonos, pues, a coger todos los trastos de dibujar porque nuestros modelos tienen poca paciencia y hay que aprovechar los momentos.

Las figuras 1, 2 y 3 os indican el procedimiento a seguir para conseguir un pájaro bobo, de los más bobos que nos podamos echar a la cara.

Asimismo las figuras 4, 5 y 6 dicen mejor que las palabras el método que se ha de emplear para lograr una foca, digna de parangonarse con sus respectivas compañeras.

Afilad bien el lápiz y a conquistar laureles con él, pinochistas.

EN EL POLO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿DE MODO QUE CUANTO LE HA TOCA-
DO A LA LOTERIA?

CATORCE REALITOS Y PICO



Y PARA QUE VEAS LO ESPLÉNDIDO QUE
SOY TE VOY A REGALAR EL PICO PARA
TI

OLE LOS TIOS
RUMBOSOS



TOMA LAS TRES PERRAS DEL PICO
Y TE COMPRAS LO QUE QUIERAS

UN SERVIDOR NO
ENCUENTRA PA-
LABRAS CON QUE
EXPRESAR SU
AGRADECIMEN-
TO



¡OLE CON OLE! YA TENGO UN
TIRADOR DE GOMA
VIVA DON TURULATO!



MIRA, NIÑO, A MI NO ME GUSTA ESE
CHISME PORQUE SI LE DAS A UNO EN
UN OJO LO DEJAS TUERTO
Y SI LE DAS A DOS, DEJAS
DOS TUERTOS, Y ASÍ SUCE-
SIVAMENTE



¿VE USTED AQUEL GLOBO?
PUES AHORA VERÁ COMO
LE DOY UN CHINAZO



¡A LA UNA! ¡A LAS DOS!
¡Y A LAS TRES!



¡OLE! ¡LE HEDADO AL PILOTO EN LA
PUNTA DE LA NARIZ! JEJE! ¿QUÉ
JUERGA



¡MI ABUELA! ¿QUÉ MAR-
TILLAZO ME HAN
TIRADO LOS
DEL GLOBO!





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

GIGANTE, LEÓN Y ZORRO

Cashillo



UNA vez había un marinero a quien llamaban de mote la *Corneja*, porque imitaba admirablemente el grito de este animalito.

En cierta ocasión se enteró de que habían robado unas encantadoras a la Princesa de París y que la tenían consumida en fuerza de malos tratos. Oír esto y proponerse salvarla fué cosa de un instante.

La *Corneja* era un muchacho de muy buen corazón, y así preparó su viaje en seguida, se embarcó en un buque de vela, y se dió a la mar.

Al cabo de cuarenta horas de navegación le dijo al capitán:

—Mi capitán, necesito una lancha para terminar mi viaje.

—Pero ¿estás loco?—dijo asombrado el capitán—. ¿Te atreves a desafiar las tormentas en un endeble barquichuelo?

—Sí, mi capitán—insistió el muchacho—, porque tengo tres cosas: el silbato, el timón y la medalla, y con ellas puedo ir a todas partes.

—¿Y para qué sirven esas cosas?

—Me está prohibido decirlo.

Cansado el capitán de tanta porfía, ordenó que lanzasen al agua una lancha vieja y medio podrida que llevaba el buque, y en ella le abandonó a su destino, entregándole algunas provisiones.

En cuanto se separó del buque sacó *Corneja* un silbato de forma rara y comenzó a tocar una extraña música; en aquel momento brotaron veinte remos a cada costado de la lancha y comenzaron a bogar, con lo que caminaba con gran rapidez. Luego sacó del bolsillo un timón que no sería mayor que una moneda de las de cinco céntimos y lo colocó en la popa de la lancha. No hizo más que colocarlo y comenzó a estirarse hasta adquirir el tamaño de un timón ordinario; pero con la facilidad de que ponía el rumbo adonde uno deseaba.

—Timoncito—exclamó *Corneja*—, llévame adonde está la Princesa de París.

El timón se movió, y la lancha llegó en menos de una hora cerca de una isla rodeada de terribles arrecifes, donde un buque, al chocar, debía hacerse pedazos; pero *Corneja* sacó de su pecho una medalla de la Virgen y la colocó en la proa del barco; siguió éste su marcha, y los escollos se hundían para dejar paso libre. Así llegó a una especie de ensenada, donde ancló.

Volvió a colocarse al pecho su medalla prodigiosa, guardó el timón y el silbato, y desembarcó en una playa próxima.

Apenas hubo puesto el pie en la tierra se le ocurrió lanzar el grito de la corneja, que tan bien imitaba, y al momento una bandada de esas aves acudió de todos los puntos de la isla.

—¿Quién eres, que tan bien cantas como nosotras?—le preguntaron.

—Un pobre muchacho que viene a libertar a la Princesa de París. ¿Queréis ayudarme?

—¡Ya lo creo!—exclamaron todas; —pero ten cuidado, porque del castillo en que está te va a costar trabajo sacarla. Necesitas vencer a un gigante, dar de comer a un león y engañar a un zorro.

—¿Y cómo me las compondré?

—Ahí de tu ingenio; pero lo único que podemos decirte es que en tu barco y en ti está todo lo necesario

para tu empresa.

Volvió *Corneja* a su lancha y, después de reflexionar, cogió un remo y un trozo de carne. Llegado al castillo le salió al encuentro un león formidable; pero le apaciguó echándole el pedazo de carne y siguió su camino.

Apareció en esto el gigante, que era terrible. Sólo tenía un ojo en la frente y le relucía como si fuera de lumbre. En la mano derecha llevaba un espadón fenomenal y en la izquierda, un gran tenedor o trinchante.

—¡Infeliz!—gritaba el gigantón—, voy a hacerte rajas.

—Pero diga usted, buen amigo—dijo *Corneja*—,





¿es que soy salchichón o embuchado, para que quiera usted hacer eso conmigo?

—Lo dicho—gruñó el gigante.

—Pero me parece que no te va a salir bien la cuenta.

Y cogiendo el remo con una mano, lo lanzó contra su adversario, mientras tocaba en el silbato una música extraña. El remo quedó en el aire; pero comenzó a sacudir tan serios porrazos, que le rompió al gigante el tenedor, la espada, las muelas y cuatro costillas, después de lo cual creyó el coloso que había llegado el momento de correr, lo que hizo sin pérdida de tiempo por no perder algunas otras costillas en la refriega.

Con esto siguió adelante nuestro *Corneja*, hasta llegar al sitio donde se encontraba el zorro. Éste se hallaba murmurando por lo bajo:

—Alguien ha entrado en el castillo, porque estoy oyendo desde aquí un ruido sospechoso.

El marinero imitó entonces el graznido de la corneja, y el zorro, muy tranquilo, dijo:

—Vaya, se conoce que alguna corneja es la que ha entrado y no sabe por dónde salir. Voy a abrirle la puerta para que se vaya, so pena de que no me deje dormir.

Al abrir la puerta se encontró con *Corneja*, el cual, haciéndole un respetuoso saludo, le dijo:

—¿Se puede pasar?

—Adelante, mocito—dijo el zorro viendo la poca edad de *Corneja*—.

¿Y eres tú el que me vas a engañar a mí?

—Quite usted allá, señor de zorro—dijo el marinero—. Soy un pobrecillo que va ganándose la vida tocando el silbato. ¿Quiere usted que lo toque un poquito para que juzgue de mi habilidad?

—Vaya, venga de ahí, y así pasaremos el rato.

Comenzó a tocar *Corneja*, y en el acto el remo se blandió sobre el zorro y en tres minutos le dió más de trescientos palos; pero tales y tan fuertes, que el animal comenzó a gritar que le perdonase y le entregaría la Princesa.

Cesó *Corneja* de tocar y el remo de solfear las costillas del zorro.

Entonces se convirtió éste en un mago vestido de azul y oro, el cual,

tocando con su varita una puerta de plata, hizo aparecer en ella a la Princesa.

Ésta, muy agradecida a su libertador, le dió las gracias, y ya se disponían a marcharse, cuando vieron que el mago había desaparecido y que las paredes se juntaban e iban a aplastarlos.

Entonces sacó *Corneja* del pecho su medalla y, llevándola en la mano, se abrió paso a través de los espesos muros.

Ya en el campo, y antes de embarcarse, imitó el marinero el graznido de la corneja y acudieron las mismas aves que el día anterior.

—Os llamo para despedirme de vosotras y daros las gracias por vuestros consejos.

Las cornejas se despidieron cariñosamente, deseándole feliz viaje, y el marinero y la Princesa de París se embarcaron en la lancha.

Volvió *Corneja* a colocar los remos y el timón, y empuñando el silbato

dijo:

—¡Timoncito, al país de la Princesa!

Inmediatamente comenzaron a moverse los remos, y en menos de diez horas llegaron al país de la Princesa, donde fueron muy bien recibidos.

El Rey premió espléndidamente al niño marino, a quien hizo conde de la *Corneja de oro*, y le regaló un bazar de juguetes, quince céntimos para castañas, y lo que más estimó: una colección preciosa de los cuentos de Calleja, que son el encanto de todos los niños de buen gusto.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Águila.—Paco Pino



Historieta.—M. Ce



Uno que cae.—Nina.



Aldea.—Antonio Andrés



Posando
Nicolás Moya



Marichu
J. Ballester



Aparato.—Julián Sancho



Mi tío de caza
Lucas Pardo



Motora
Alberto L. Arbones



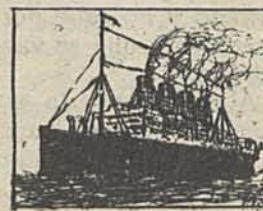
Un pájaro
R. S. de la Sierra



Dick Turpin
Emilio Montes



Madonk
César López Dóriga



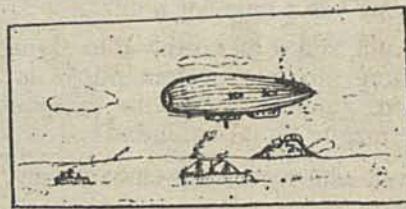
Un trasatlántico.—L. Lizaur



Un caco.—Juan Ballester



Un pez.—José Lázaro



Dirigible.—José Castellanos



Don Turu
Margarita del Olmo



Un pato.—Matilde Rubio



Un mono
Pepita B.



Un charro
Alberto Van der Espido



Mi primo
Carmen Ballester



Don Turu
R. García



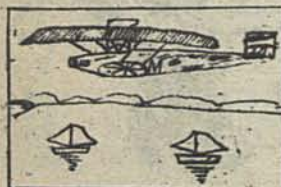
Un gato
Teresa Ballester



Un bracman
G. Benet



Dos gemelos
M. J. Ballester



Aparato.—Julián Sancho



Una calle.—Cecilio Callejo



Pura sangre.—Paco Pino



Tecla pegando al capitán y al profesor
Luis Sanz de Andino



Mi tío Pepe
A. R. de la Rosa



De camino
al colegio
Esmeralda Briz



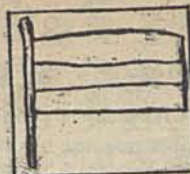
Un corneta y un moro
Luisito Sanz de Andino



Éxtasis
J. Amalia Usoz



La cenicienta
Julia Amalia Usoz



Bandera
Raquel Artieda



De paseo.—Titi Pérez



Un moro
Raquel Artieda



Una señora
José Dellano



Currincho.—A. Delgado



Un mosquetero
José Armeijide



Cigüeña.—A. L.



Trianón
Inés Jaraquemada



Carmen Riva



Un globo
Julian Sancho



Pinocho
J. Moya



Mi caballo
T. García



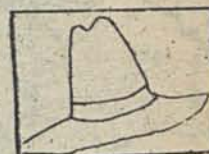
Mi perro Minutín.—E. Torres.



Pirula pintando.—María Pérez



Morrunguis
Julian Campa



Sombrero.—Titi Pérez



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

PACO PINO SALGA.—Todos tus dibujos me encantan, pero el que titulas «escenas del aerobús» me ha hecho reír durante más de una hora. ¡Y si vieras qué rato hemos pasado con Corretón! Habla tomado en serio lo del chorizo y la botella de vino y ha habido que convidarlo para que se callase. Muy requetebién, querido Paquito. Abrazos.

MARÍA LUISA Y ALEJANDRO SALMÓN.—Estupendos vuestros dibujos pero no puedo publicarlos ¡ay! porque están hechos a lápiz. ¡Qué penal! ¡Qué penal! Vuestro gran amigo.

MILAGRITOS GOICOECHEA.—Tus dos preciosísimos dibujos están ya en turno para publicarse. ¡Qué remonísimos son los dos! Tuyo incondicional.

BELARMINO GARCÍA.—La falta de espacio, querido Belarmino, me impide publicar colaboración literaria de pinochistas en mi revista. Tu dibujo, en cambio, sí se publicará porque está magistralmente resuelto. Abrazos de tu gran amigo.

ROBERTO SERRA.—Sí, señor; el retrato de tu hermano me gusta mucho, mucho. Tuyo.

JAVIERITO DARNA.—Lee lo que más arriba digo a María Luisa y Alejandro Salmón y sirva de contestación para ti. Lo siento también muchísimo, pero el remedio es muy fácil. Se dibuja con tinta y en paz ¿no te parece? Abrazos.

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ.—Te repito lo mismo que al anterior. Tuyo.

ALCIBIADES OROZCO.—Y a ti también te repito lo que al anterior. Hay que hacer los dibujos con tinta. ¡Qué lástima de iglesia! ¡Tan rebonita que es! Abrazos.

GUILLERMO VIRALLÉ.—Tu serás con el tiempo un formidable dibujante, porque ahora lo eres ya casi. Tus dibujos son acabadísimas obras que prometen un porvenir venturoso. Todos se publicarán en cuanto les llegue su turno. Tu gran amigo, te felicita.

Pinocho

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CUATRO PERROS CAPITANES



Cuatro perros de Cádiz estaban descansando, después de un día de excursión, en un amenísimo y verde prado...

Pero como los miembros de todos ellos estaban fatigados después de los azares de aquel día no tardaron en dormirse.

De repente, invencibles pinochistas, sintieron un gran fragor y despertaron sobresaltados...

El fragor lo formaba la extraña comparsa que veis en el dibujo...

Ni que decir tiene que los cuatro perros gaditanos se escondieron.

¿Dónde están?

TODOS DIBUJANTES



Un zorro y un oso caminaban por los hielos saboreando los encantos de un crepúsculo, pero ¡vaya crepúsculo!, polar.

Embebidos en la conversación nuestros viajeros, caminaban, caminaban...

De pronto, el zorro movió la oreja izquierda. ¿Qué pasaba?

Lo que solo puedo decir es que el oso movió la oreja derecha.

Pero vosotros sois muy curiosos, pinochistas abnegados.

Y queréis saber lo que ocurría.

Coged un lápiz. Unid los números, por orden, con líneas y os enteraréis de todo.

Adiós.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

LOS AVENTUREROS



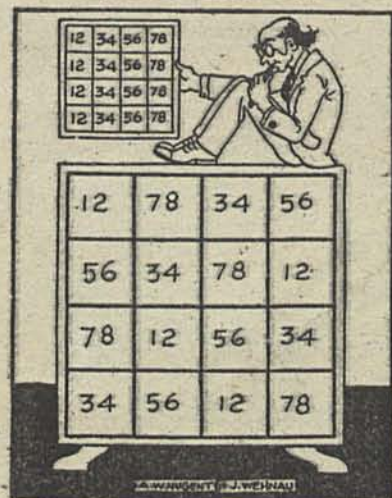
LAS TRES LIEBRES



LOS CUATRO CABALLOS



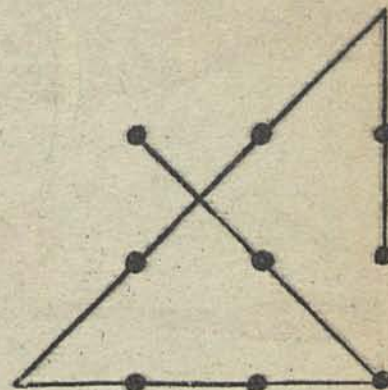
¡VAYA NÚMEROS!



LAS LETRAS

SOR
ASI
LOA

LAS ISLAS





Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Las aventuras del renacuajo Ranunculín (FIN)

El renacuajo azul siguió andando por el mundo: visitó charcas, ríos, praderas y estanques; vió toda clase de bichos y vió hombres blancos, negros, amarillos, encarnados.

Pero nunca, en ningún país vió un solo renacuajo azul; ni un hombre azul tampoco, ni un borrico, ni un perro, ni un pato, ni un cochinito. Solamente algunos pájaros, algunas moscas, algunas mariposas, tenían las alas azules. Pero nadie, nadie, ningún hombre, ni animal tenía el cuerpo azul; nadie más que él y esto resultaba desconsolador.

Así el pobre Ranunculín dió la vuelta a toda la tierra y aun cuando tropezó con grandes dificultades y peligros, supo vencerlos conservando siempre intactos los tres talismanes de la linda Ranilinda.

Vosotras supondréis que los conservaba por previsión; pero yo me sospecho que también los conservaba como recuerdo de Ranilinda. Se puede ser un renacuajo y azul y ser sin embargo todo un sentimental.

Y un día, cuando ya Ranunculín no era un renacuajo sino todo un señor rano hecho y derecho, se halló de nuevo frente a Aguamansa, su charca natal.

Mientras meditaba si le convendría o no arrojarle de nuevo a ella, sintió que le cubrían de pronto los ojos con una hojita, que le amordazaban con un puñado de musgo y que le ataban con una liana y se lo llevaban de allí.

Cuando le quitaron la mordaza, las ligaduras y la venda, se halló, con gran sorpresa suya ante un enorme gentío de sapos que le amenazaban con los puños cerrados chillando y vociferando.

Ante él, en un trono, se hallaba sentado Su Majestad Saponio XII rey del vecino país de Sapolundia.

El monarca impuso silencio agitando una campanilla de sonrosados pétalos y, dirigiéndose al prisionero, dijo con severidad:

—Lo sé todo.

Ranunculín quedó maravillado ante aquel señor sapo que aseguraba poseer toda la sabiduría del mundo. Pero Saponio prosiguió:

—Sé, o mejor dicho adivino, que has vuelto para estorbar mis propósitos. Sin duda te has enterado de que han muerto tus padres y que yo tengo la intención de apoderarme de Aguamansa y unir así los dos reinos bajo mi poderío.

El pobre Ranunculín al oír todo esto se quedó como quien vé visiones o

por lo menos como quien oye cosas muy raras. El terrible sapo viéndole callado, creyó que confesaba su intención y rugió:

—¿De modo que vienes a quitarme la corona de Aguamansa? ¿De modo que abrigas el propósito de suceder a tu padre, miserable renacuajo azul? Pues para castigar tu osadía y quitarte de en medio, te condeno a morir en el acto.

Hizo una seña y un enorme sapo avanzó hacia Ranunculín armado con un agudo pincho de puercos espin, pero el príncipe comprendió que nunca le sería más útil que ahora el primer talismán de la linda Ranilinda y se tragó el pétalo de margarita.

Al punto se volvió invisible y mientras que sus enemigos le buscaban en vano, él huyó a todo saltar hacia Aguamansa, donde se zambulló ¡plocl! y recobró en seguida su visibilidad.

En Aguamansa reinaban (a falta de otra cosa puesto que no había rey) la desesperación y el desbarajuste. Los aguamanses aborrecían a los sapilundios y les desesperaba tener que aceptar a Saponio por soberano. Pero ¿cómo luchar sin tener quién los dirigiera?

Ranunculín no vaciló; se encaramó sobre un nenúfar y arengó al pueblo:

—Yo me ofrezco a dirigiros contra el infame Saponio—dijo—y me comprometo a daros la libertad y la independencia.

Los gritos de rabia se tornaron exclamaciones de burla y risotadas. ¿Qué podía hacer un rano azul? El ridículo y nada más.

Entonces, Ranunculín se tragó el pétalo amarillo y sintió nacer en él una fuerza tan asombrosa que cogió un junco y ante el pueblo asombrado ¡crac! lo partió sin dificultad.

Una exclamación unánime saludó esta proeza y como el pueblo de Aguamansa era bastante voluble, Ranunculín reunió al momento un magnífico ejército de ranos y ranas. (En Aguamansa, el servicio militar era obligatorio lo mismo para las damas que para los caballeros).

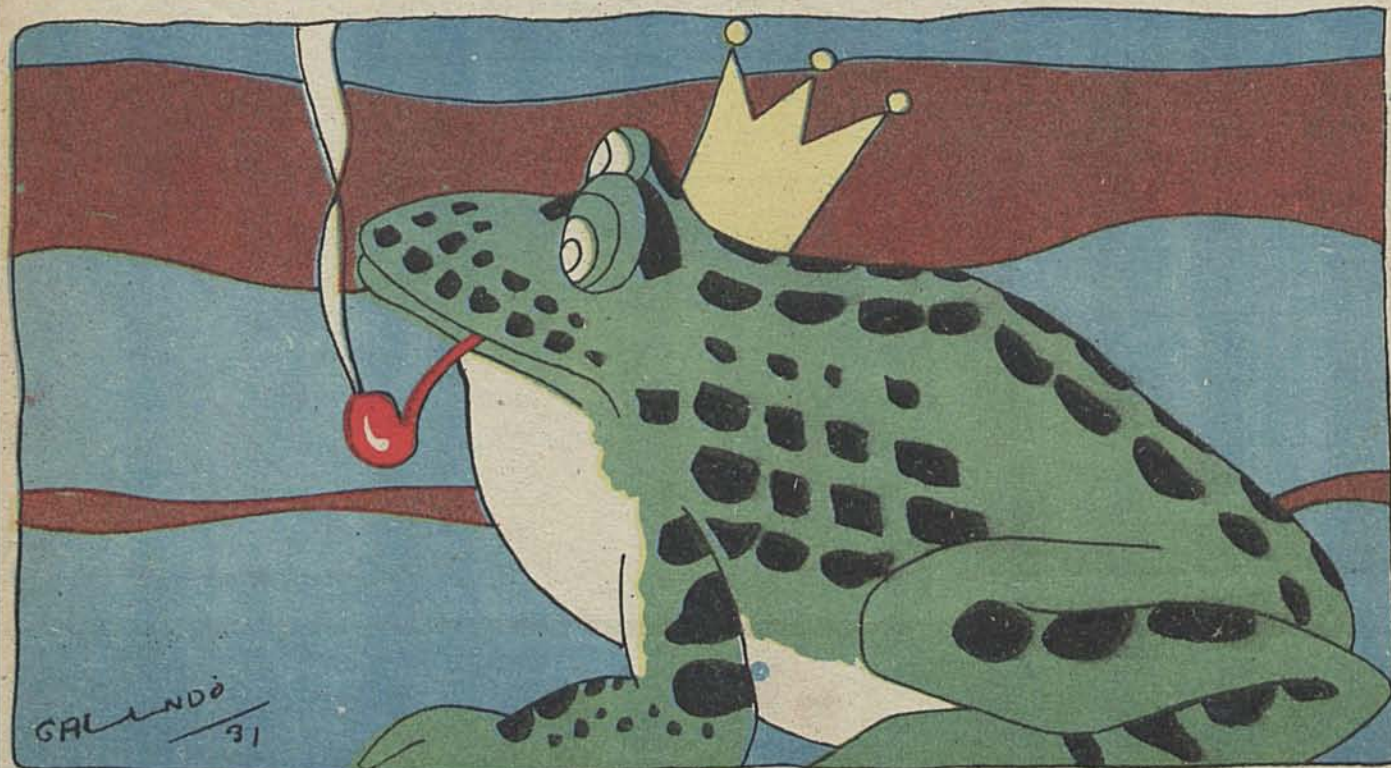
Y como el generalísimo príncipe Ranunculín, además de su ejército tenía una fuerza descomunal, venció y aniquiló a los sapos e hizo prisionero a su rey estupefacto y furioso.

En medio de un entusiasmo delirante, el vencedor fué proclamado rey con el nombre de Ranunculín primero. Ya rico y poderoso podía aspirar a la mano de cualquier princesa; pero él amaba siempre a la linda Ranilinda y, como no sabía donde encontrarla, el mismo día de su coronación se tragó la yerbecita mágica y se halló al punto junto al estanque donde su adorada seguía viviendo, por fortuna siempre soltera.

Arrodillándose ante ella le pidió su pata y su corazón que la gentil ranita le concedió sin dificultad.

El rey Raniculín y la reina Ranilinda vivieron y reinaron mucho tiempo y tuvieron muchos hijos, aunque ninguno salió azul.

Y fueron muy felices
y comieron riquísimas lombrices
porque no les gustaban las perdices.



GALINDO
31